

Trabajo y subjetividad masculina

Lic. Leonel Sicardi¹

Esfuerzo ciclópeo, precariedad, desnudez, indefensión, impotencia, imposibilidad de logro y desamparo frente a una maquinaria social que hace inaccesible el pan y que no hay polea ni contrapeso suficiente para lograrlo, son las sensaciones que nos transmite la escultura de Pablo Suárez* “El desproporcionado esfuerzo de llevar el pan a la mesa”, mostrando una imagen por demás elocuente de la relación del varón con el trabajo, expresado en la postura corporal y la tensa gestualidad.

Sumado al hecho de que la imagen de un varón desnudo nos lleva a la conexión de posibilidad laboral con potencia masculina.

Me pregunto por qué hablamos del trabajo hoy, qué significó el trabajo a través del tiempo y en este contexto histórico social, qué necesitamos deconstruir con respecto al trabajo y qué silenciamientos necesitamos poner en palabras.

Significado del concepto trabajo a través del tiempo

Lo primero que aparecen son las connotaciones que están presentes en la palabra trabajo, según el diccionario de la real academia española; del latín trepalium, aparato para sujetar las caballerías, de tripalis, de tres palos/ acción y efecto de trabajar/cosa producida por un agente/ cosa producida por el entendimiento/operación de la máquina, pieza, herramienta o utensilio que se emplea para algún fin/esfuerzo humano aplicado a la producción de bienes. Se usa en contraposición al concepto de capital.

Annie Jacob en “La noción de trabajo. Relato de una aventura socio-antropo-histórica” del Programa de Investigaciones Económicas sobre Tecnología, Trabajo y Empleo (PIETTE), dice: etimológicamente, trabajo viene de trepalium, máquina de tres

¹ Lic. en Psicología (UBA), Psicodramatista, integrante de la Comisión de Salud Mental de la APDH, miembro del Grupo Psicodramático Buenos Aires.

pies para herrar los caballos, utilizada después como instrumento de tortura. Del siglo XII al XVI, trabajar significa “atormentar”, “sufrir”.

El sentido primitivo de esta palabra expresa entonces explícitamente la idea de “tormento”, y después, progresivamente en su evolución, “esfuerzo penoso”, “fatiga”.

Luego agrega:

Investigaciones de lingüística referidas precisamente a la palabra trabajo muestran explícitamente que la carga de afectividad negativa del trabajo disminuye progresivamente con el tiempo. En nuestra historia, se pasa de la función dominante del tormento en el trabajo, a la idea de esfuerzo penoso, de fatiga, para agregarle hace relativamente poco (fines del siglo XVIII) la noción de resultado útil, y finalmente a idea de “ganarse el pan”, de medio de existencia. Mientras que en el origen la utilización de la palabra trabajo se situaba en la periferia del campo semántico, comparativamente con los términos obra, producción, tarea, el trabajo se convirtió en un tema central. Trabajar ocupa ahora el centro del campo conceptual en el que antes sólo ocupaba un lugar periférico -de la misma manera que el trabajo ocupa el lugar central de nuestra vida social-cuantitativamente y cualitativamente”.

Históricamente trabajo se asoció con propiedad, luego con moneda o capital y ahora el trabajo es el capital o la mercancía, pasando de ser lo opuesto al capital, a ser el capital mismo y el centro de la vida productiva en este momento histórico de capitalismo salvaje, sin perder la connotación de algo penoso, que se padece.

El mundo del trabajo hoy

Ahora, podemos preguntarnos por qué en este momento histórico social el tema del trabajo requiere mucha interrogación, desde lo psicológico, sociológico, filosófico y médico, tal vez podamos pensar que en este capitalismo salvaje en que estamos inmersos, lo que antes funcionó como tema tabú que fue la sexualidad, dejó de ser tal y el tema conflictivo de la cultura sea las relaciones de poder que se establecen entre las personas y entre capitales de empresas, trascendiendo la lucha por la dominación entre países que imperaba en la modernidad.

El paradigma vincular de la lucha por el poder o la dupla sometedor-sometido atraviesa la producción, la economía, el trabajo, los vínculos entre las personas y produce determinadas representaciones en la subjetividad, preguntarnos sobre el trabajo y el poder nos lleva a pensar cuáles son estas representaciones.

Podríamos decir que el “trepalium”, los 3 palos de la situación laboral son: contexto histórico social, posibilidad laboral en si misma (lograda o no), persona que trabaja y su subjetividad.

Dice Enrique Carpintero:

“De esta manera aparecen varios tipos de trabajadores desde el punto de vista social y económico: los integrados, los vulnerables y los desafiliados. Lo social se encuentra velado para una propuesta política donde el trabajador pueda ser el actor social. Por lo cual surge una privación de la utilización de los recursos simbólicos para superar los conflictos que se le presentan. Esta situación lleva a que, cuando una persona se queda sin trabajo esto no es visto como efecto de una situación política, económica y social sino que se interioriza con un sentimiento de culpa por el cual se siente responsable. Hoy, el sometimiento del poder se ha inscripto en la subjetividad hasta límites insospechados que son necesarios develar.”

Agrega luego Carpintero:

“Este modelo de empresa que se intenta imponer en el mundo, basado en la llamada “flexibilización” laboral, y necesario para que funcione el neoliberalismo capitalista, lo encontramos en diferentes ramas de la producción. Su resultado es, como dice Richard Sennet “la corrosión del carácter” que lleva a consecuencias personales en la constitución de la subjetividad y de las identidades individuales y colectivas”.

Esta corrosión del carácter es producido por un modo violento de dominación, un modo violento de control de los cuerpos que produce como resultado ciertas representaciones imaginarias sociales como lo vemos en la escultura de Pablo Suárez.

La violencia tiene que ver con no respetar al otro en su singularidad, no reconocerlo como distinto a mí, diferente, esto inunda las páginas de los diarios: las violencias de pareja, violencia con las mujeres, violencia callejera, robos, asaltos, inseguridad y todos los tipos de violencia que registramos a diario.

En la situación laboral, en primer término, funciona el paradigma de inclusión- exclusión imperante en esta época, el estar dentro del sistema o estar afuera del mismo, generando en la subjetividad del desocupado la vivencia de estar fuera del sistema, marginado.

Otro paradigma que impera es el de la productividad total, la vida centrada en la faz productiva, no dejando tiempo ni espacio para otros quehaceres u otras áreas, como el área afectiva, recreativa, siendo la posibilidad de crear espacios para pensar sobre uno mismo una especie de utopía que colisiona con el mandato socio-cultural.

Dentro del grupo de los que trabajan -“los incluidos”- están naturalizados numerosos malestares, el sometimiento a los maltratos de un jefe, la extensión de la jornada de trabajo porque sino “no hay compromiso con la empresa”, la sobre-ocupación, la subocupación o dis- ocupación (Aguiar, 2005) dando lugar a síndromes como el burn-out, el mobbing y muchas otras formas de stress laboral que están a la orden del día.

En la relación laboral, que es una relación asimétrica de por sí en cuanto a los roles empleador- empleado, sea el empleador una persona, una empresa o una corporación de empresas se desliza la escena del poder y el sometimiento ya que tiene tanto peso la posibilidad de exclusión y marginación, que potencia la desigualdad de fuerzas llegando a límites extremos, que dan como resultado intentos de suicidio, enfermedades psicosomáticas, cuadros psicológicos graves y una muy mala calidad de vida laboral y extralaboral.

Por otro lado, la desocupación, deja afuera, excluye a la persona, la deporta del sistema productivo, la invisibiliza, produciendo un nuevo desocupado- desaparecido.

Pensemos cómo se siente alguien siendo deportado: sin lugar, sin identidad, sin pertenencia, des-ligado de otros significativos para el, funcionando a predominio del instinto de muerte más que de vida.

Se genera un hecho traumático de difícil reorganización, que produce severas depresiones y va naturalizando un lugar de desligazón en los vínculos que se conectaban con la pertenencia al ámbito laboral y al sistema productivo y un desinvertimiento de otras áreas que - conectadas o no con la laboral- forman parte de su relación con la realidad externa que lo frustra y excluye, alterando su vivencia subjetiva de quién es, qué hace, con quiénes, etc.

El trabajo con grupos de desocupados y dis- ocupados

Desde el área de salud mental de la APDH (Asamblea Permanente por los Derechos Humanos), institución a la que pertenezco habiendo coordinado grupos de desocupados y dis-ocupados durante 3 años, estando hoy en un proyecto de investigación con el material de dichos grupos, partimos desde la perspectiva de considerar la desocupación y dis-ocupación como una violencia social.

Esto da un encuadre muy interesante a la tarea, ya que desculpabiliza al desocupado, quien ya está culpabilizado por el deber-ser social internalizado, desde ese punto se trata de reconstruir un entramado que el desocupado dejó de tener, pudiendo

darse espacio para desplegar los aspectos subjetivos y particulares de su sufrimiento.

El ideal narcisista social-laboral, si podemos hacer esta traspolación, le dice al desocupado que algo habrá hecho, facilitando y naturalizando la exclusión y el maltrato cuando está sin trabajo o dis-ocupado.

Así las personas que se sienten marginadas, excluidas, no tenidas en cuenta por un otro, en los grupos de desocupados pasan a ser parte nuevamente, a ser pensadas por otros y a poder pensar con otros, recuperando parte de su dignidad perdida y recuperar la potencia de sus propios recursos hasta entonces devastados.

Marcelo Viñar en "Fracturas de la memoria" dice con respecto a los detenidos y torturados por la dictadura que había tres momentos o estructuras necesarias o sucesivas:

"El momento inicial, la experiencia de la tortura, apunta a la aniquilación del individuo, a la destrucción de sus valores y convicciones. El segundo tiempo desemboca y culmina en una experiencia extrema de desorganización de la relación del sujeto consigo mismo, llamado por él, la demolición.

El tercer tiempo es el desenlace, la resolución de esta experiencia límite. Es el resultado de la crisis y la organización restitutiva de la conducta a que da lugar.

En la fase del desenlace o restitución, hay dos posiciones éticas irreductibles y antagónicas, la del torturador y la del torturado, la del torturador, que se relaciona con salvar la vida y la del torturado, que busca reasumir su identidad anterior, tiene que ver con su ética, con volver a ser quien fue.

La primera es presente, invasora, teniendo la ventaja enorme de estar encarnada en una presencia; la otra, mediata y ausente, representa la posibilidad de una cierta coherencia con lo que el torturado ha sido y querido hasta ahora, pero su no presencia connota la muerte.

Es a ese nivel que opera la opción, en la situación de desamparo, ausencia equivale a agonía y presencia es la posibilidad de una salida, es promesa de restitución.

Es a este nivel que tiene lugar la trastocación profunda de los valores éticos del mundo anterior del torturado: lo ausente, querido y perdido, se transforma en muerto, persecutorio y repudiable y lo presente odiado, aparece como deseable: la fascinación recubre el horror y el mundo moral cambia de signo".

Pensemos ahora esta situación con respecto al desocupado, ¿no cambia de signo su ética y su valoración subjetiva de si mismo, de sus capacidades y derechos cuando el único referente es el trabajo

que tiene aunque reciba sometimiento y maltrato, no asume la ética del torturador-empendedor- empresa porque es el único presente visualizado como posibilidad laboral y por lo tanto como objeto de deseo y la no posibilidad de acceso implicaría una forma de muerte como sujeto?.

En respuesta a esta interrogación tenemos múltiples imágenes que lo social nos muestra cotidianamente, los que “dejan la vida por la empresa”, “los que dicen que comprometerse con la empresa es trabajar no full-time sin o full-life”, los que encuentran como defensa a la amenaza de exclusión tomar la ética del “sometedor” aunque esto lleve a enfermedades físicas y emocionales.

La desocupación, además de una violencia social por no poder acceder a espacios de inclusión laboral, es una situación traumática que inunda al yo de un modo tan masivo que dificulta la instrumentación de recursos para su elaboración.

El desocupado especialmente pero también el subocupado tienen una reacción depresiva las más de las veces prolongada que llamo secundaria al hecho de la pérdida del trabajo o de atravesar una situación de sub-empleo; su autoestima está sumamente lesionada, afectando a la persona desocupada y a los vínculos que tiene con su entorno, conectando al sujeto con vivencias de primarias de desamparo y de pérdida de referentes,

Dice Elina Aguiar: “en su red familiar, el desocupado, intenta recuperar la valoración que antes le ofrecía el afuera y no la encuentra generando situaciones de deterioro en los vínculos por la frustración y el doble reclamo, del entorno para que produzca como antes, que sea el que fue y de él mismo que busca lo hagan sentir valorado como desea sentirse, como supo sentirse en otros momentos de su vida laboral”.

Algunas viñetas de desocupados y dis-ocupados

Escuchemos un caso de mobbing:

Mi nombre es Mario, trabajo en una empresa gráfica desde hace 10 años. Por mi antigüedad y por haber visto algo que "no debería haber visto", sufrí persecución, maltratos, insultos, burlas, calumnias y desprecio entre otras cosas, hasta llegar a terminar internado en una clínica psiquiátrica de esta capital por intentar suicidarme dentro de la empresa y en horario de trabajo. Mis compañeros, testigos y participes de todas estas cosas, siempre guardaron silencio para no correr mi misma suerte o para conservar al igual que yo la fuente de trabajo, no los culpo. Nunca tuve apercibimientos, ni sanciones de ningún tipo, cuento

con felicitaciones de los clientes por el trabajo que entregaba, tal vez por callar siempre a tanto menosprecio con tal de cuidar la fuente de trabajo y que mi familia no pase necesidades, sin darme cuenta de que me erosionaban la autoestima y con ella mi psiquis. Un día saturado de trabajo, al otro día me enviaban a hacer tareas que no tenían nada que ver con mi categoría, me sentía humillado. Todo lo que hacía era criticado por mis jefes o estaba mal, aunque los clientes muy conformes llamaran para felicitarme, eso no alcanzaba para ser tenido en cuenta. Con el paso de los años comenzaba a experimentar depresión, llantos, cambios físicos como sudoración excesiva, fobia, terror al salir de mi casa hacia la empresa.

Escuchemos a un desocupado:

A mis 43 años estoy sin trabajo y hace cuatro años que siento una profunda tristeza y mucha depresión por esta causa. Trabajé 15 años como operario en una empresa de maquinarias para la industria farmacéutica, algo muy específico y de un día para otro me dijeron que me despedían por reducción de personal, habían perdido un cliente que les compraba la mayoría de la producción y aquí estoy yo ahora, sin trabajo y sin posibilidades de conseguir.

Esto está afectando mi vida personal, familiar, el otro día una de mis hijas me preguntó: papá, vos qué sos? y me dio una angustia terrible, no supe que contestarle, salgo igualmente de mi casa a ver si consigo alguna changa, quisiera que alguien me contrate para cualquier trabajo de limpieza, operario, etc.

Escuchemos a una persona con trabajo precarizado:

Soy maestro mayor de obras, tengo 54 años, la construcción siempre fue lo mío, desde el 2001 no volví a tener trabajo en esa área y empecé a vender sándwiches en la zona de Recoleta, Plaza Francia, especialmente los fines de semana, mi casa es una gran mesa de cocina, mis hijos me ayudan a armar los sándwiches pero quiero volver a mi actividad en la construcción. Me siento mal, desanimado, siento que esto no es lo mío.

Así las personas que se sienten marginadas, excluidas, invisibilizadas, no tenidas en cuenta por un otro, en los grupos de desocupados pasan a ser parte nuevamente, a ser pensadas por otros y a poder pensar con otros, recuperando parte de su dignidad perdida.

Un ejemplo de depresión por problemas laborales

Carlos, de 53 años, dice que no quiere vivir, que ya no tiene espacio en el ámbito laboral, que se quedó afuera, es Abogado y tuvo una reconocida trayectoria, tenía durante años trabajos esporádicos de buenos ingresos pero desde el 2000 no tiene estabilidad laboral y no puede solventar el nivel de vida a que están acostumbrados él y su familia, tiene momentos de mucha angustia y no muchas esperanzas de que su situación pueda cambiar. Está medicado por sus estados depresivos y esta situación le está generando problemas de relación con su mujer, sus hijos no están muy al tanto de la situación de su padre.

Trabajando con técnicas psicodramáticas, se observa que Carlos siente que el “deber ser social” es un gigante al que tiene que sostener sobre sus hombros y que le pesa sobremanera al caminar. Se mira a sí mismo como el imaginario social lo mira: excluido, desclasado, marginado, fuera del paradigma de la productividad total imperante en este capitalismo salvaje.

En este caso, la mujer aporta dinero pero es considerado por ella misma como una ayuda, no declarada en los ingresos familiares, que saca de apuro en alguna emergencia, llegando a suceder que en un momento límite, de muchas dificultades económicas ella le dijo: “sino voy a trabajar yo”.

Esto que podría significar un alivio para nuestro personaje en cuestión, significa un cambio tan grande en la distribución de roles en esta modelo de familia tradicional, que al poco tiempo este planteo fue dejado de lado, como diciendo, son cosas que se dicen en una discusión, llegando a decir la esposa: lo dije para ver como reaccionabas.

El varón, desde tiempos inmemoriales, tiene el mandato cultural de asumir el rol de proveedor, el cual está asociado a la potencia sexual, conservando actualmente mucho peso este mandato aún cuando sabemos de la incorporación de la mujer al mundo del trabajo ocurrida en los últimos veinte años.

Debido a la vigencia de esta representación imaginaria social, se ve tan dañada la identidad de los varones por los problemas laborales, aún cuando en el grupo familiar el suyo no sea el único ingreso, dándose la paradoja de que puede ser aliviante desde la realidad económica el aporte producido por el trabajo de la mujer y que a la vez sea algo que genere competencia y lesione más aún su autoimagen.

Como psicodramatista que soy, hago un cambio de rol, y me pongo en la piel de Carlos y siento que no tengo espacio para ser, para desarrollarme, que tengo arrasada mi valoración, lesionada mi identidad y que guardo mi dolor para mí, que no lo comparto, que nadie puede entenderme y mis no ganas de vivir solamente las se yo, y la siento antes de acostarme en mi soliloquio con la almohada: qué pasa con este mundo de hoy que no me da posibilidades, qué nos pasa?

Y cuando vuelvo a mi rol me doy cuenta que esto que le sucede a Carlos, en este contexto de inclusión-exclusión que nos atraviesa, también nos pasa a cada uno de nosotros.

Bibliografía

- Aguiar, Elina.- *“Efectos psicosociales de la desocupación”* en la Rev. de la AAPPG, T XX, Nº 1, Buenos Aires, 1997.
 - Aguiar, Elina, Alvarez N, Fernández Z.M., Gremes R.- *“De la deshumanización a la humanización...”*, Jornada anual de la AAPPG, Bs. As. 2006.
 - Carpintero, Enrique.- *“La actualidad de las formas de trabajo y sus efectos en la subjetividad”* en La tecla eñe, revista digital, noviembre 2007.
 - Jacob, Annie.- *“La noción de trabajo. Relato de una aventura socio- antropo- histórica”*, en Sociología del trabajo nº 4, Publicación del Programa de Investigaciones Económicas sobre Tecnología, Trabajo y Empleo con sede en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales del Conicet.-
 - Viñar, Marcelo y Viñar, Maren.- *“Fracturas de memoria. Crónicas para una memoria por venir”*, Ediciones Trilce, Montevideo, Uruguay.
- * Suárez, Pablo.- Pintor y escultor autodidacta, miembro del histórico colectivo Tucumán arde, falleció en 2008, a los 67 años, autor de la escultura que ilustra este trabajo: “El desproporcionado esfuerzo de llevar el pan a la mesa”.